

TUCAN  10+

El último sordo

ROBERTO SANTIAGO

FINALISTA DEL PREMIO EDEBÉ DE LITERATURA INFANTIL



edebé



El último sordo

Roberto Santiago

El último sordo



edebé

© Roberto Santiago, 2002

© Ed. Cast.: edebé, 2011
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
www.edebe.com

Directora de la colección: Reina Duarte
Diseño de las cubiertas: César Farrés
Ilustraciones: Santiago García-Clairac

ISBN 978-84-236-9790-8
Depósito Legal: B. 21775-2011
Impreso en España
Printed in Spain
EGS - Rosario, 2 - Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Índice

1. Algún día me lo agradecerás.....	7
2. No quiero hacer judo	13
3. Doscientas o trescientas flexiones	17
4. Nunca he visto un ovni	23
5. Tonterías	29
6. El chino de Taiwán	35
7. El jardín que parece una huerta.....	39
8. ¿Cuántas novias has tenido en tu vida?	45
9. El regalo del Día del Padre	49
10. Las orejas de Óscar	53
11. No te lo vas a creer	58
12. El rey Arturo de Camelot	63
13. Me tiene muy preocupado	69
14. Las chicas son muy raras	75

15. Una conversación muy importante	81
16. Ufología	87
17. Anoche tuve un sueño	91
18. Un montón de aplausos	95

1

Algún día me lo agradecerás

Mi padre no está sordo, pero a veces, cuando yo le hablo, no oye muy bien.

Esto fue exactamente lo que le dije: «No quiero hacer judo.»

No es muy complicado, pero se lo repetí dos veces por si acaso no lo había entendido bien: «Papá, no quiero ir a clase de judo.»

Al día siguiente de decirle eso, me apuntó en un gimnasio de artes marciales para aprender judo.

Me dijo: «Lo he hecho por ti, Claudio.»

Claudio soy yo.

Y después me dijo: «Algún día me lo agradecerás.»

Por lo visto mi padre hace muchas cosas por mí que yo ahora no entiendo pero que algún día le agradeceré.

Éstas son algunas de las cosas que hace por mí: castigarme sin paga cuando suspendo Matemáticas, castigarme sin salir de mi cuarto cuando me porto mal, castigarme sin postre cuando no me como las lentejas, castigarme sin ver la televisión cuando no hago los deberes, castigarme sin jugar en la consola de videojuegos cuando no tengo mi habitación ordenada, apuntarme a clases de judo...

Y muchas más cosas que ahora no me acuerdo, y que le voy a tener que agradecer cuando sea mayor. Más me vale empezar a darle las gracias ahora, porque son tantas cosas que luego no me va a dar tiempo.

El caso es que cuando él dice algo, yo tengo que escucharle muy atentamente.



Haz esto, haz lo otro, no hagas aquello... Él venga decir cosas que tengo que hacer y cosas que no tengo que hacer y yo venga escuchar.

Y no es que me importe escuchar, es sólo que a veces también tengo mi propia opinión sobre algunos temas.

Por ejemplo, con lo del judo.

Después del colegio, voy a clases de informática y a natación, y también entreno con el equipo de fútbol del colegio los martes y los jueves.

Y luego están los deberes, y los exámenes, y ayudar en casa... No me quejo de todo eso, lo único que digo es que no quiero saber nada del judo. Y no sólo porque no tenga tiempo, es que a mí el judo no me gusta nada. De verdad. Eso de andar por ahí dando golpes a la gente está bien en las películas o en los tebeos, pero en la vida real a mí no me parece nada divertido. A lo mejor es porque soy bajito y casi todos

en mi clase son más grandes que yo. O a lo mejor es simplemente porque no me gusta y punto. No hay que buscarle explicaciones a todo.

Mi padre podía haberme preguntado por qué no quería ir a judo, o tratar de convencerme, o haberlo dejado para más adelante. Mi padre podía haber hecho muchas cosas que no hizo.

Sin embargo, lo único que hizo fue apuntarme a las clases de judo. Después me compró un cinturón blanco y un traje blanco que me quedaba muy grande, y me llevó en su coche a la puerta del gimnasio, donde había un chino esperándome. Mi padre miró al chino, me miró a mí y al final dijo: «Dentro de unos años me lo agradecerás.»